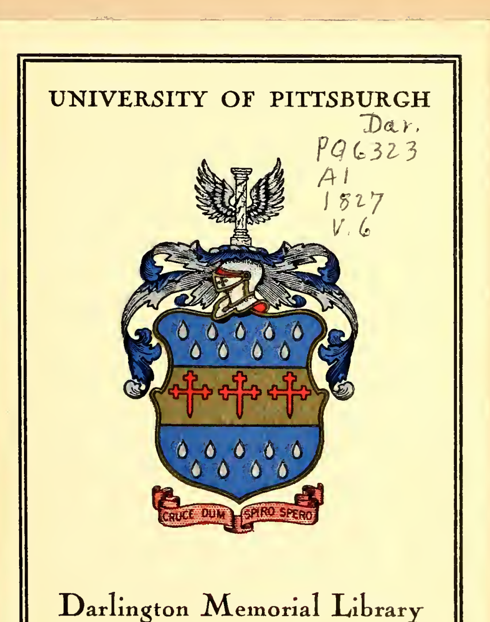



UNIVERSITY OF PITTSBURGH
Dar.
PQ6323
A1
1827
V. 6
CRUCE DUM SPIRO SPERO
Darlington Memorial Library



EL INGENIOSO HIDALGO

# DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

EL INGENIOSO HIDALGO

# DON QUIJOTE

## DE LA MANCHA.

CONTINUACION

## DE LA SEGUNDA PARTE.

## CAPÍTULO L.

Donde se declara quien fueron los encantadores y perdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta á Tereza Sancha, muger de Sancho Panza.

DICE Cide Hamete, puntualísimo escrudiñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, en-

tender y oler, se fué tras ella con tanto silencio que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y asi como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la duquesa, de como doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con Don Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban, y cuando oyó la duquesa que Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y asi llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote, y vapulearon á la dueña del modo que queda contado: porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mugeres, despiertan en ellas en gran manera la ira y encienden el deseo de vengarse. Contó la duquesa al duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó al page que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien

olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno ) á Teresa Panza su muger con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia que el page era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha; á cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando y dijo: esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el page, y mostradme á vuestra madre, porque le traygo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del page, y dijo; venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas; dijo el page, que tiene que dar bien gracias á

Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar: con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija, y al page á caballo, le dijo: ¿que es esto, niña, que señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el page; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien asi como muger legítima y particular del señor Don Sancho Panza gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una probre labradora, hija de un estripaterrones y muger de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el page, es muger dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba de esta verdad reciba vuesa merced esta carta y

este presente: y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: esta carta es del señor gobernador, y otra que traygo y estos corales son de mi señora la duquesa, que á vuesa merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo: que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno, ó Condado, que tantas veces le habia prometido. Asi es la verdad, respondió el page, que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuesa merced, señor, gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica, pero espérenme aquí que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para que se llame á nadie que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré; y asi se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí: y luego sacó otra de la duquesa, que decia de esta manera;

« Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna

como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta y el duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy muchas gracias al Cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno, porque quiero que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envio, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas que las estimaré en mucho por ser de su mano, y escríbame largo avisándome de su salud y de su bien estar y si hubiere menester alguna cosa no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. De este lugar, su amiga que bien la quiere»,

La Duquesa.

Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y que buena y que llana y que humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que pien-

san que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasia como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora, y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha: y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla: y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor, pon en órden este caballo y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad de esa sorta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el page, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo que el

gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco comenzó á bailar y á decir: á fe que agora no hay pariente pobre, gobiernito tenemos, no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga que yo la pondré como nueva. ¿Que es esto, Teresa Panza? ¿que locuras son estas, y que papeles son esos? — No es otra la locura sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traygo al cuello son corales finos, las Ave Marías y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. — De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa; y dióles las cartas. Leyóles el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco: y Sanson y el cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que habian leido; y preguntó el bachiller quien habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa que se viniesen con ella á su casa y verian al mensagero, pues era un mancebo, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente que valia mas de tanto. Quitóle el cu-

na los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo y dijo; por el hábito que tengo que no sé que me diga ni que me piense de estas cartas y de estos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver el portador de este pliego, que de él nos informarémos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo asi, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al page cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos y dar de comer al page, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesmente y el á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas asi de Don Quijote como de Sancho Panza que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar que seria aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar mediterráneo de su magestad. Á lo que el page respondió: de que el señor Sancho Panza sea gobernador no hay que dudar en ello, de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las

bellotas, digo que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de estas pláticas, saltó Sanchica con una balda de huevos, y preguntó al page: dígame, señor, ¿ mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el page: pero si debe de traer. ¡ Ay Dios mio! replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorreras: ¿ no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el page. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido) y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo; señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo para que me compre un verdugado

redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y como, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana; aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándeme yo caliente y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Y como que dices bien, hija respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas, y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que asi como lo es tuyo, lo es de los refranes) cuando te dieren la vaquilla corre con la soguilla: cuando te dieren un gobierno cógele, cuando te dieren un condado agárrale, y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no sino dormios, y no respondais á las venturas y buenas dichas

que estan llamando á la puerta de vuestra casa. ¿ Y que se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo cual el cura dijo: yo no puedo creer sino que todos los de este linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Asi es la verdad, dijo el page, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice, y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho. ¿ Que todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba; porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento: y asi estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, é hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el page, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que

he oido decir que en el se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser asi, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho y esta que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y si no *operibus credite, et non verbis*, véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oidos. Esa ida á mi toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores, dijo el page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tambien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: hallado lo habeis la melindrosa. Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo tal el tiento; cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el page, y denme de comer y despáchenme luego porque pienso volverme es-

ta tarde. Á lo que dijo el cura: vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el page, pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura le llevó consigo de buena gana por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y asi dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la duquesa; notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

## CAPÍTULO LI.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella, y el mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por órden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas

en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal que en su secreto maldecia el gobierno y aun á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demas acólitos, que fué señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso): digo pues que sobre este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adonde y á que va, y si jurare verdad dejenle pasar, y si dijere mentira muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion de ella, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia que iba á morir en aquella

horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron : si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento y conforme á la ley debe morir, y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor gobernador, ¿que harán los jueces del tal hombre, que aun hasta ahora estan dudosos y suspensos? y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. Á lo que respondió Sancho : por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo eso repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo : á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es asi : ¿el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Asi es como el señor gobernador dice, dijo el mensagero, y cuanto á la ente-

reza y entendimiento del caso no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo pues ahora, replicó Sancho, que de este hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasage. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir: y asi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasagero que decis, ó yo soy un porro ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condana igualmente, y siendo esto asi como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues estan en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien que mal, y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar; y yo en este caso no he hablado de mio sino que se me vino á la memoria un precepto entre otros muchos que me dió mi amo Don Quijote la noche antes que viniese á ser gobernador de esta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia, y ha querido

Dios que ahora se me acordase por venir en este caso como de molde. Asi es, respondió el mayordomo, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado : y acábese con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré órden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido y barras derechas, dijo Sancho, dénme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despavilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traia en comision de hacerle. Sucedió pues que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo asi el secretario, y repasándola primero dijo; bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice asi :

*Carta de Don Quijote de la Mancha á Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.*

« Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al Cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion la inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dijes ni galas, ni que siendo Juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas; la una ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho, y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatigue

el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.

» No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan á entender que el Príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas; no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Se padre de las virtudes, y padrasto de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas, que la presencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia. Consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho. Se coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y se espantajo á las placeras por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mugeriego, ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documen-

tos que te dí por escrito antes que de aquí partieses á tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á los Gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

» La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu muger Teresa Panza: por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucedió no muy á cuento de mis narices; pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi como tú sospechaste, y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino, cuanto mas que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no naci para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin tengo de cumplir antes con mi profesion que

con su gusto, conforme á lo que suele decirse; *amicus Plato; sed magis amica veritas.* Dígote este latin, porque me doy á entender que despues que eres Gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.»

Tu amigo

Don Quijote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con el en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su señor Don Quijote: y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y asi lo hizo, y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

*Carta de Sancho Panza á Don Quijote de la Mancha.*

» La ocupacion de mis negocios es tan grande que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y asi las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado

aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo mas hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

„ Escribióme el duque mi señor el otro dia, dándome aviso que habian entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos Gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa merced que nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, si no que las previene para que no vengan, y las medecinas que usa son dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este gobierno á comer caliente y á beber frio y á recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en que va esto,

porque aquí me han dicho que los Gobernadores que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella ó les han dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que este es ordinaria usanza en los demas que van á gobiernos, no solamente en este.

» Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella en trage de varon, y un hermano suyo en hábito de muger: de la moza se enamoró mi maestresala y la escogió en su imaginacion para su muger, segun él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: hoy les dos pondrémos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

» Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averiguele que habia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla por quince dias no entrase en la plaza, hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir á vuesa merced es que es fama en este pueblo que no hay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo asi lo creo por las que he visto en otros pueblos.

« De que mi señora la duquesa haya escrito á mi muger Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que vuesa merced tuviese trabacuentas de disguto con esos mi señores, porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

» Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores, yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé que le envie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos, aunque si me dura el oficio yo buscaré que enviar de haldas ó de mangas. Si me escribiere mi muger Teresa Panza, pague vuesa merced el porte y envieme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi muger y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores, y

á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida segun me trata el doctor Pedro Recio. »

Criado de vuesa merced
Sancho Panza el Gobernador.

Cerró la carta el secretario y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho dieron órden entre sí como despacharle del gobierno, y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él se imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interes: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero,

por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creo un alguacil de pobres, no para que los persiguiese sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion él ordenó cosas tan buenas que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran « las constituciones del gran Gobernador Sancho Panza. »

## CAPÍTULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida, ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez.

CUENTA Cide Hamete que estando ya Don Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la órden de caballería que profesaba, y asi determinó de pedir licencia á los duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas estaban cerca; adonde pensaba ganar el arnes que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los duques, y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una de ellas llegándose á Don Quijote se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de Don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban: y aunque los duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hacer á Don Quijote. Todavía viendo

con el ahinco que la muger suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que Don Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo asi, y mostró ser lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez la dueña de casa: y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente Doña Rodriguez volviéndose á los señores les dijo: vuesas excelencias sean servidas de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque asi conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba: y que departiese con el señor Don Quijote cuanto la viniese en deseo. Ella enderezando la voz y el rostro á Don Quijote dijo: dias ha, valeroso caballero que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada hija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste Cas-

tillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare: y asi querria que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella, porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada: y con esto nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió Don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya; buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir: y asi con licencia del duque mi señor yo me partiré luego en busca de ese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el duque, que vuesa merced se

ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno como estan obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó Don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo: y asi, aunque ausente, lo desafío y repto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros,

lanza y escudo y arnes tranzado, con todas las demas piezas, sin engaño, superchería ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quijote, que de otra manera no se hará nada ni llegará á debida ejecucion el tal desafío. Yo sí pongo, respondió la dueña: y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras que venian á pedir justicia á su casa, y asi les dieron cuarto á parte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas que no sabian en que habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el page que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, muger del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viage, y preguntándoselo, respondió el page que no lo podia decir tan en público, ni con

breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa, la una decia en el sobreescrito: « Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé donde, » y la otra: « Á mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí. » No se le cocia el pan, como suele decirse, á la duquesa hasta leer su carta, y abriéndola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

*Carta de Teresa Panza á la duquesa.*

« Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el cura y maese Nicolas el barbero, y Sanson Carrasco el bachiller; pero á mí no se me da nada, que como ello sea asi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere, aunque si va á decir verdad, á no venir los corales y el

vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para que gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga, y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen dia en mi casa, yéndome á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo: y asi suplico á vuestra excelencia mande á mi marido me envie algun dinerillo, y que sea algo que, porque en la corte son los gastos grandes, que el pan vale á real y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio, y si quisiere que no vaya que me lo avise con tiempo, porque me estan bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí mas que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: ¿quien son estas señoras de este coche? y un criado mio responderá: la muger y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo. Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso envio á vuesa alteza hasta medio celemin, que

una á una las fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

« No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar de este lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa merced las manos. »

La que tiene mas deseo de ver á V. S.
que de escribirla,
Su criada Teresa Panza.

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: y la duquesa pidió parecer á Don Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y asi lo hizo, y vió que decia de esta manera:

*Carta de Teresa Panza á Sancho Panza su marido.*

« Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca

de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué á oir que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen que asi mata la alegría súbita como el dolor grande. Á Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y con todo eso creia y pensaba que era todo sueño lo que venia y lo que tocaba, porque ¿quien podia pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decia mi madre que era menester vivir mucho: dígolo porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la corte: mírate en ello y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

«El cura, el barbero, el bachiller y aun sacristan no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, como son todas las de Don Quijote tu amo, y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos: yo no

hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi señora la duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula. Las nuevas de este lugar son que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de su magestad sobre las puertas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intencion de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y le ha puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado en cinto del; pero él lo niega á pies juntillas. Ogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino tres mozas de este pueblo: no te quiero decir quien son, quizá volverán y no faltará quien las tome por mugeres, con sus tachas buenas ó malas. Sanchica

hace puntas de randas, gana cada dia ocho maravedis horros, que los va echando en una alcancia para ayuda á su ajuar: pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta de esta y la resolucion de mi ida á la corte: y con esto Dios te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no querria dejarte sin mí en este mundo.»

Tu muger Teresa Panza.

Las cartas fueron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas, y para acabar de echar el sello llegó el correo, el que traia la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la duquesa para saber del page lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la duquesa con grandisimo gusto, con el cual la dejarémos por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

# CAPÍTULO LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. La primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno á la primavera, y asi torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor la dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer esta-

tutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pie se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo, cuando vió venir por unos correderos mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor gobernador, arma que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra grande industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde el gobernador Sancho Panza estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia, y cuando llegaron á él, uno le dijo: ármese luego vuestra señoría si no quiere perderse, y que toda esta ínsula se pierda. ¿Que me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni que sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las

despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada, de estas priesas. Ha, señor gobernador, dijo otro ¿ que relente es ese ? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho : y al momento le trujeron dos paveses, que venian proveidos de ellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante y otro detras, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando asi le tuvieron, le dijeron que caminase, y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿ Como tengo de caminar ; desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes ? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo

otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien asi como barca que da al traves en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces; y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los payeses, que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudada; y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decia: aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, pez y rezina en calderas de aceite ardiendo, tránchense las calles con colchones.

En fin el nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí; ¡ ó si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera de esta grande angustia! Oyó el Cielo su peticion, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decian: vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor de ese invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie dijo: el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho, les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó que hora era: respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa comenzó á vestirse todo sepul-

tado en silencio, y todos le miraban y esperaban en que habia de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: venid vos acá, compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre el, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades

de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma : quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador : mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al reves de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas : merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser asi, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, deján-

dole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho: asi dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que asi me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja: y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. Á lo que el mayordomo dijo: señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle: que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia: déla vuesa merced de los diez dias que ha que tiene el gobierno: y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el duque mi senor: yo voy á verme

con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viage. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados asi de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

# CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante, y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á Don Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se extendia el valor de su poderoso brazo, y asi con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo

á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió pues que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa, ó lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde el iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos extrangeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian; y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso de que venia proveido, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte güelte. No entiendo, respondió Sancho, que es lo que me pedis, buena gente. Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano arriba

les dió á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos: y al pasar, habiéndole estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: válame Dios, que es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extrangero peregrino, y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: como ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿quien diablos te habia de conocer, Ricote, en ese trage de moharracho que traes? Dime? quien te ha hecho franchote, y como tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy que en este trage no habrá nadie que me conozca, y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece,

donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente: yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo asi Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos se apartaron á la alameda que se parecia; bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentileshombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas: pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia transformado de morisco en aleman ó en tudesco,

sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en el la puntería, y de esta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espacio trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota y tomó su puntería como los demas, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: español y tudesqui tuto uno bon compaño; y Sancho respondia. bon compaño jura Di; y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno, porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe,

poca jurisdicion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta porque habian comido mas y bebido menos y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que su magestad mandó publicar contra los de mi nacion, puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues, á mi parecer como prudente (bien asi como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demas salieron, porque bien ví y vieron todos nuestros ancianos que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes que se habian de poner en ejecu-

cion á su determinado tiempo, y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuímos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos, lloramos por España, que en fin nacimos en ella y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mugeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen, y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como

digo, de nuestro pueblo, entré en Franoia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos de ellos cada año á visitar los santuarios de ella, que los tienen por sus Indias y por certísima grangería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi muger, que sé que estan en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde espe-

rarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi muger son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por que se fué mi muger y mi hija antes á Berbería que a Francia, adonde podia vivir como cristiana. Á lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino moro fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvímos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu muger muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Rieote, pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman: y asi si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo un oficio dejé yo esta mañana de las manos donde pudiera

hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y asi por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si como me prometes docientos escudos me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y que oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal que á buena fe que no halle otra como ella á tres tirones. ¿Y donde está esa ínsula? preguntó Ricote. Adonde, respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas estan allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Como no? replicó Sancho: digote, Ricote, que esta mañana me parti de ella, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario, pero con todo eso la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y que has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero parece-

me que todo lo que dices es disparate : que ¿quien te habia de dar á tí ínsulas que gobernases? faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que deje escondido, que en verdad que es tanto que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió de él mi muger, mi hija y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre : y esto con tanto sentimiento que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron : y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado

Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho, y despues que ella se partió nunca mas el ha parecido en nuestro lugar, y todos pensámos que iba tras ella pára robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero amaba á mi hija: pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien, que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos, y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

# CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.

EL haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua de el, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre: y asi se apartó del camino con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima, que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos: y no fue asi, porque á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y el se halló encima de él sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano o agujereado por alguna parte: y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced

que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si seria posible salir de ella sin ayuda de nadie, pero todas las halló rosas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quien dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber alguna persona que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habrémos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesínos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en que han parado mis locuras y fantasías! De

aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien somos, á lo menos de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien de ella se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Ó compañero y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oia; pero todas

sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener: y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agugero, capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. ¡Válame Dios todo poderoso! decia entre sí: esta que para mi es desventura, mejor

fuera para aventura de mi amo Don Quijote. El si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien vengas mal si vienes solo. De esta manera y con estos pensamientos le pareció que habia caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para el, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenian hecho. Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo y no cayó, y llegandose algo mas cerca,

sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percebir y entender que el que las daba decia : ha de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedósuspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo: ¿quien está alla abajo? quien se queja? Quien puede estar aquí, ó quien se ha de quejar? respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha. Oyendo lo cual Don Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma, y llevado de esta imaginacion dijo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena dime que quieres que haga por tí, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. De esa ma-

nera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estes en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa Madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitare con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quien eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aquí conmigo. Y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio que toda la cueva retumbaba. Famoso

testigo, dijo Don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho amigo: espérame, iré al castillo del duque que está aquí cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podian pensar como habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante y dijo: de esta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho y dijo: ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me ví harto de pan siquiera un hora: en ellos me han per-

seguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos: ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto asi, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno, y cual el tiempo tal el tiento, y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende y basta, y no digo mas aunque pudiera. — No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes, lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladron, y si sale pobre que ha sido un para poco y un mentecato. Á buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á

ver sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo : yo, señores porque lo quiso asi vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre por haberlo querido asi el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo : que tal salud les dé dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba : y asi antes que diese conmigo al traves el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al traves, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en grangerías : y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no

se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio : caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol ví la salida; pero no tan fácil que á no depararme el cielo por tan incógnito camino á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Asi que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, conocer claramente que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula sino de todo el mundo, y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos que dicen : salta tú y damela tú, doy un salto del gobierno y me paso al servicio de mi señor Don Quijote, que en fin en el, aunque como el pan con sobresalto hártome á lo menos, y para mí, como yo este harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que habia de decir en ella millares de disparates, y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo, y el duque abrazó á Sancho y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio

de menos carga y de mas provecho. Abrazóle la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

# CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosílos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron, y mas que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada, y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos como se habia de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio,

que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llever por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo porque en él no hubiese algun engaño, ni otra cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosílos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso

combatiente bien informado del duque su señor: de como se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosílos habló á las dueñas preguntándoles si consentian que volviese por su Derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en ese tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez, y si él fuese vencido quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante tur-

ba, temiendo unos, y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quijote, encomendándose de todo corazon á Dios nuestro señor y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa y graciosa muger que habia visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos, y asi llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese: le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y asi no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oido cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho dijo á grandes vo-

ces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosílos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al Maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: señor ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Asi es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla, y asi digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maese de campo de las razones de Tosílos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometia. El duque no sabia la ocasion por que no se pasaba adelante en la batalla, pero el Maese de campo le fué á declarar lo que Tosílos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosílos se llegó adonde doña Rodriguez estaba y dijo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quijote y dijo: pues esto asi es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora

buena, y pues esto Dios nuestro señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosílos le dijo: ¿ es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosílos. El hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza: porque lo que has de dar al mur dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Íbase Tosílos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo cual doña Rodriguez y su hija dando grandes voces dijeron: este es engaño, engaño es este, á Tosílos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaquería, y si la es no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales envidiosos de que yo alcanzase la gloria de este vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decis que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con el, que sin duda es el mismo que vos de-

seais alcanzar por esposo. El duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es, pero usemos de este ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias si quieren, y tengamos encerrado á este personage que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su prístina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar de estos embelecos y transformaciones. Ó señor? dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, á mi señora Dulcinea del Toboso le han vuelto en una rústica labradora, y asi imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. Á lo que dijo la hija de Rodriguez: séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser muger legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosílos se recogiese has-

ta ver en que paraba su transformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien asi como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosílos, quedaron doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso hábia de parar en casamiento, y Tosílos no esperaba menos.

## CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora doncella de la duquesa.

Ya le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se le imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y asi pidió un dia licencia á los duques para partirse. Diéronsela con muestra de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿ quien pensara que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha ? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á

ser quien es enviando las bellotas á la duquesa que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo de él, y asi podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida, y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y respuesto contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,

deten un poco las riendas,
no fatigues las hijadas
de tu mal regida bestia.
Mira falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la mas hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡ llevar impio!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores,
y unas ligas de unas piernas
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil troyas:
si dos mil troyas hubiera.
Cruel vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea,

De la culpa que tú tienes,
lleve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja.
de Lóndres á Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera,
los reyes huyan de tí,
ases, ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta

enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: los tres tocadores si llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas: y como no estaba advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosílos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido, los tocadores volveré porque dice Sancho que los tiene, las ligas es imposible porque ni yo las he recibido ni él tampoco, y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamas he sido ladron ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano.

Esta doncella habla, segun ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y asi no tengo de que pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno; dijo la duquesa, señor Don Quijote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, ó valeroso Don Quijote, dijo entonces Altisidora, y es que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido de el que yendo sobre el asno le buscaba. No lo dije yo, dijo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo enderezando su camino á Zaragoza.

# CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

CUANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro; y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto al regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estada metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los benefi-

cios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo Cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho; no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparémos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente, les preguntó que que era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno de ellos le respondió: señor, debajo de estos lienzos estan unas imágines de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros

porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaria de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como si lo son, dijo otro, si no dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados, y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced y verla ha por vista de ojos: y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de San Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen, parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola Don Quijote dijo: este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse Don San Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martin, puesto á caballo, que partia la capa con el pobre, y apenas la hubo visto Don Quijote cuando dijo este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad, y sin duda debia de ser entonces invierno, que si no él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener

al refran que dice : que para dar y tener, seso es menester. Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrio la imágen del patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo Don Quijote : este si que es caballero y de las escuadras de Cristo, este se llama Don San Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vió tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondia; este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágines, y asi mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos Santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas, sino que la diferencia

que hay entre mí y ellos es que ellos fueron Santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos: pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres asi de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de Don Quijote siguieron su viage. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos, bendito sea Dios que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, San-

cho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, de el que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado y seráfico San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El hombre discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo: no te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Asi que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo asi lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese ¿ que es la causa por que dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla invocando aquel San Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿ Está por ventura

España abierta y de modo que es menester cerrarla ? ¿ ó que ceremonia es esta ? Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja, háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y asi le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones : y de esta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo : maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la duquesa : bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que asi acomete los altos

alcazares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y asi sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amorosa suya. Hideputa ¡y que corazon de mármol, que entrañas de bronce y que alma de argamasa! Pero no puedo pensar que es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que asi la rindiese y avasallase. ¿Que gala, que brio, que donaire, que rostro, que cada cosa por sí de estas ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces mé paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar, y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de que se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza. y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y

cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme, y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estadan tendidas, y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dijo á Sancho: paréceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen, no quieren enredarme en ellas y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zelozo Dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, asi la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodon: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas

eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro; traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: detened, señor caballero, el paso y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí estan tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para que se han puesto y quien somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mugeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camóes en su misma lengua portu-

guesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aquí llegámos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendímos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo mas: á lo que respondió Don Quijote: por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon, cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exageracion,

ved que os lo promete por lo menos Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y que ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Asi es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha, historiado y referido. Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito de ello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicende el que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza : no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan re-

posar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder Don Quijote, y asi lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian de él noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á Don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente calzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el

infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensaia con otras si pudiera, porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y asi es Dios sobre todos porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha. y asi digo que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí estan, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, exçetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion habia estado escuchando, dando una gran voz dijo: ¿es posible que haya en el

mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes. señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo: ¿es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé que ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quien te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla. Y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian: con todo esto salió Don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante,

embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño deseosos de ver en que paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues Don Quijote en mitad del camino, como os he dicho, hirió el aire con semejantes palabras: ó vosotros, pasageros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras de estos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque cono-

cieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo Don Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas. Confesad, malandrines, asi á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera, y asi el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion ni es de pa-

recer de los que dicen que al enemigo que huye hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas qué de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

# CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.

Al polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual dejando libres sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la reposteria de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca: lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva, pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo; dijo Don Quijote, sustenta la vida, que mas que á mí te im-

porta, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. De esa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el Cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo asi

Don Quijote pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole: si tú, ó Sancho, quisiese hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos y mis pesadumbres no tan grandes, y es que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tanto que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir que aun yo lo tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrio y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á

subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó asi fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia: preguntó Sancho al huésped que que tenia para darles de cenar. Á lo que el huesped respondió que su boca seria medida, y asi que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendrémos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna, ¡ Polla, mi padre ! respon-

dió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. De esa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas ¿y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere por otras delicadezas y por otros regalos; y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho medio enojado, y dígame finalmente la que tiene, y déjese de discurrimientos, señor huésped. Á lo que respondió el ventero: lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: estan cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora estan diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero,

porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio ó que ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogiose á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla asi como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: por vida de vuesa merced, señor Don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quijote cuando se puso en pie, y con oido alerto escuchó lo que del trataban, y oyó que el tal Don Gerónimo referido respondió: ¿ para que quiere vuesa merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna

cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo: quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quien es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno de ellos echando los brazos al cuello de Don Quijote le dijo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor de este libro que aquí os entrego: y poniéndole un libro en las manos, que traia su

compañero, le tomó Don Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: en esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo: la otra que el lenguage es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. Á esto dijo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto, bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez; torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo Don Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor Don Quijote. Si soy, respondió Sancho, y me precio de ello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho,

dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quijote que nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida, ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote. Á lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada: y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesínos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeres recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia, y asi quedaron ad-

mirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse que grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó a la estancia du su amo, y en entrando dijo: que me maten, señores si el autor de este libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria que ya que me llama comilon, como vuesas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Si llama, dijo Don Gerónimo; pero no me acuerda en que manera, aunque sé que son mal sonantes las razones y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo asi lo creo, dijo Don Juan, y si fuera posible, se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien asi como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote, pero no me maltrate, que

muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quijote leyera mas del libro por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él le daba por leido, y le confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle que adonde llevaba determinado su viage. Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole Don Juan que aquella nueva historia contaba como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza, y asi sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice. Hará muy bien: dijo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona

donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor. Asi lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia su autor aragones. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta ó la tuviese mas proveida.

# CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cual era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva

de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azótes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y de esto recibió tanta pesadumbre y enojo que hizo este discurso: si nudo Gordiano cortó el magno Alejandro diciendo: tanto monta cortar como desatar: y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, que se me da á mí que se los dé él ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos, pero apenas hubo llegado cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿que es esto, quien me toca y desencinta?

Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y asi desatácate per tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo, si no, por Dios verdadero que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes: y asi procuraba y pugnaba para desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pie, y arremetiendo á su amo se abrazó con el á brazo partido, y echándole una zancanilla dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: ¿como traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por ago-

ra, que yo le dejaré libre y dezembarazado; donde no, aquí morirás traidor enemigo de doña Sancha. Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos de no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hízolo asi Don Quijote, y preguntándole que le habia sucedido y de que tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles estan ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona: y asi era la verdad como el lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia, y si los

muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse Don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y asi tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia: y avínole bien á Sancho que en una ventrera que tenia ceñida venian los escudos del duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido si no llegara en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color moreno. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que asi llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y asi se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al

árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formarla misma tristeza. Llegóse á él diciéndole : no esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osíris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta siendo á todas horas centinela de mí mismo : porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de lejos de él habia oido, y asi le dijo : valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á

siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á el dijo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torréllas, que asimismo lo es tuyo por ser uno de los de tu contrario bando, y ya sabes que este Torréllas tiene un hijo, que don Vicente Torréllas se llamaba, ó á lo menos se llama, no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado.

Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre, porque no hay muger, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte, defiendas á mi padre, porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues verémos lo que mas te im-

portare. Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser don

Vicente á quien sus criados, ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consintia que mas adelante pasase. Arrojaronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente: y asi entre enternecida y rigurosa se llegó á el, y asiéndole de las manos le dijo: si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia le dijo: bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamas quise ni supe ofenderte. ¡ Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro! No por cierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la cual pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del

agravio que piensas, que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera que sobre la sangre y pecho de Don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia que hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo Don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Ó cruel ó inconsiderada muger! decia ¡con que facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Ó fuerza rabiosa de los zelos, á que desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Ó esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart

ordenó á los criados de Don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y defender á su padre de los parientes de Don Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió de él llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿ Pero que mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos ? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, asi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho le respondió que si,

sino que le faltaban tres tocadores que valian tres ciudades. ¿ Que es lo que dices, hombre ? dijo uno de los presentes, que yo los tengo y no valen tres reales: Asi es, dijo Don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. Á lo que dijo Sancho: segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por

ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. Á lo que respondió Roque: ¿ has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo asi, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á Don Quijote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que asi le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé que deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, asi da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no solo las mias, pero las agenas tomo á mi cargo; pero Dios es ser-

vido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él á puerto seguro. Admirado quedó Don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos estan mas cerca de enmendarse que los simples, y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le

habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mugeres con hasta seis criados que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quien eran, y adonde iban, y que dinero llevaban. Uno de ellos le respondió: señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen estan en Barcelona con órden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dijo: mi señora doña Guiomar de Quiñones, muger del regente de la vicaría de Napoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que

van en el coche : acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo: dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales : mis soldados deben de ser hasta sesenta, mírese á como le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo : viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos asi un rato suspensos Roque, pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo : vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvo conduto que yo les daré para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á los soldados ni á muger alguna, especialmente á los que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la

tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: de estos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose de ellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitan mas es para frade que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado que dejase de oirlo

Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes diciéndole: de esta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian: y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondrian en mitad de la playa de la ciudad armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia de esto á sus amigos los Niarros para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran de este gusto los Cadells sus contrarios, pero que esto era imposible á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el trage de bandolero en el de labrador, entró en Barcelona y la dió á quien iba.

# CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian acullá comian: unas veces huian sin saber de quien, y otras esperaban sin saber á quien. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba, porque los muchos bandos que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos ó le habian de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque,

Don Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de san Juan en la noche, y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el dia asi á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo orizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y

belicosos acentos : comenzaron á moverse y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno de ellos, que era el avisado de Roque Guinart, dijo en alta voz á Don Quijote : bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, el lucero y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha : no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los verdaderos

historiadores. No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de Don Quijote, el cual volviéndose á Sancho dijo: estos bien nos han conocido, yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del Aragones recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. Á lo que Don Quijote respondió si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con el á la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos de ellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron

su disgusto de manera que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejarémos por ahora, porque asi lo quiere Cide Hamete.

# CAPÍTULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

DON Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para el solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado, sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Co-

mieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa, y todos cuantos le oian. Estando á la mesa dijo Don Antonio á Sancho: acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es asi, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo, y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esta si no mirara á las barbas honradas que estan á la mesa. Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza

siempre la tiene en su punto, y en tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. Como! dijo Don Antonio, ¿ gobernador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo de ella, caí en una cueva donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quijote se entró con él en un apartado aposento, en el cual nó habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse Don Antonio con Don Quijote por todo el aposento rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: ahora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere, lo ha de depositar en

los últimos retretes del secreto. Asi lo juro, respondió Don Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad, porque quiero que sepa vuesa merced, señor Don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar : asi que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio : y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe de esa promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quijote esperando en que habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano Don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo : esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente le sacó con la perfeccion

que verémos mañana : porque los viérnes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver cuan poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino donde le escribieron con letras grandes : este es Don Quijote de la Mancha. En comenzando el paseo, llevaba el rótulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian : este es Don Quijote de

la Mancha, admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian, y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra: si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen. Asi es, señor Don Quijote, respondió don Antonio, que asi como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rótulo de las espaldas, alzó la voz diciendo: válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha, como ¿ que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que traes á cuestas ? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos, y déjate de estas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide.

El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios, la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad en hora mala y no os metais donde no os llaman. Par diez vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería: y la en hora mala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la demas gente tenia leyendo el rótulo, que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas, porque la muger de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en

sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron no solo el cuerpo pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: *Fugite partes adversæ*: dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos, allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho? y el primero que asió de él fué Sancho, diciéndole: nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis bailado: ¿ pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte, pero en lo del danzar, no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada;

y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la muger de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabia el busílis del encanto, y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿que pensamientos tengo yo ahora, Y la cabeza le respondió sin mover los labios? con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Cuantos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estais tú, y tu muger con dos amigos tuyos y dos amigas de

ellas, y un caballero famoso llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí si que fué el admirarse de nuevo: aquí si que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose don Antonio de la cabeza dijo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la muger de don Antonio, y lo que le preguntó fué: dime, cabeza, ¿que haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera y dijo: querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntóle: ¿quien soy yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú? Si conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose, llegó

el otro amigo y preguntóle : dime, cabeza, ¿que deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos, pero con todo esto te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de don Antonio y dijo : yo no sé, cabeza, que preguntarte, solo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla : si gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quijote y dijo : dime tú el que respondes, ¿ fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesínos? ¿ serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿ tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? Á lo de la cueva respondieron : hay mucho que decir, de todo tiene : los azotes de Sancho irán de espacio : el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué : por ventura, cabeza, ¿ tendré otro gobierno? saldré de la estrecheza de escudero? volveré á ver á mi muger y á mis hijos? Á lo que le respondieron : gobernarás en tu casa, y si vuelves á ella verás

á tu muger y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero. Bueno par Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dijo Don Quijote, que quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si basta, respondió Sancho: pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y asi dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que de él salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era ansimismo hueco, que respondia á la garganta y

pechos de la cabeza : y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon de modo, que á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta : á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete Benengeli, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron que la deshiciese y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en

la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfaccion de Don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad por complacer á don Antonio, y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie; temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y asi él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: aquí se imprimen libros: de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto imprenta alguna y deseaba saber como fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta; enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon y preguntaba que era aquello que allí se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle que era lo que hacia. El oficial le respondió: señor, este caballero que aquí está ( y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna grave-

dad ) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana , y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿ Que título tiene el libro ? preguntó Don Quijote. Á lo que el autor respondió : señor, el libro en toscano se llama *le bagatelle*. ¿ Y que responde *le bagatelle* en nuestro castellano ? preguntó Don Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio, ( y no digo esto porque quiere examinar el ingenio de vuesa merced , sino por curiosidad no mas ) ¿ ha hallado en su escritura alguna vez nombre *pignata* ? Si, muchas veces , respondió el autor. ¿ Y como la traduce vuesa merced en castellano ? preguntó Don Quijote. ¿ Como la habia de traducir , replicó el autor , sino diciendo olla ! ¡ Cuerpo, de tal, dijo Don Quijote, y que adelante está vuesa merced en el toscano idioma ! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace* dice vuesa merced en el castellano place, y adonde diga *piu* dice mas, y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abajo. Si declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son propias correspondencias. Osaré yo jurar dijo Don Quijote, que no es vuesa merced co-

nocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos! ¡ Que de habilidades hay perdidas por ahí! que de ingenios arrinconados! que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reves, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz: y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *pastor fido*, y el otro don Juan de Jáuregui en su *aminta*, donde felizmente ponen en duda cual es la traduccion ó cual el original. Pero dígame vuesa merced, ¿ este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero! Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta,

respondió Don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues que, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote; y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *luz del alma*, y en viéndole dijo: estos tales libros, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *la segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia de este libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba que-

mado y hecho polvos por impertinente, pero su san martin se le llegará, como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza de ella, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la imprenta, y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al Cuatralbo de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el Cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

# CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

Grandes eran los discursos que Don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que el tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho fueron á las galeras. El cuatralbo que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los

pies en él Don Quijote, disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir Don Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo : hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero valenciano : abrazó á Don Quijote diciéndole : este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha : tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines : pasóse el cómitre en crujía y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando, pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer asió de Sancho, y levantándole

en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar que fué lo que sucedido le habia. Don Quijote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras, porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos: y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada. Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció, y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz

ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corvacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á alargarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Que han hecho estos desdichados que ansí los azotan? y como este hombre solo que anda por aquí silbando tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡ah Sancho amigo, y con que brevedad y cuan á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: y mas que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar queria el general que azotes eran aquellos, ó que desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido saltó el general en la crujía, y dijo:

ea, hijos no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque asi el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y asi era la verdad, el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban, y asi le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse, y asi el Arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos toraquis que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian.

Viendo lo cual juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos: hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al Arráez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el general quien era el Arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español) este mancebo, señor, que aquí ves es nuestro Arráez; y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba

á veinte años. Preguntóle el general: dime, mal aconsejado perro, ¿quien te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arráez, pero no pudo el general por entonces oir la respuesta por acudir á recibir al virey que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virey. Y tan buena, respondió el general; cual la verá vuestra excelencia ahora colgada de esta entena. ¿Como ansí? replicó el virey. Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el Arráez del bergantin; y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte. Mirole el virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y asi le preguntó: dime, Arráez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? Á lo cual el mozo respondió en

lengua asimismo castellana; ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues que eres? replicó el virey. Muger cristiana, respondió el mancebo. — ¿Muger cristiana, y en tal trage y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dijo el mozo, ó señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quien fuera el de corazon tan duro que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir de esta manera: de aquella nacion mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido, y asi por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve

una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni menos: mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso de estas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato y mi encerramiento, fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y asi solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios mios que consigo me traian, porque mi padre prudente y prevenido, asi como oyó el primer bando de nuesto destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Man-

dóme que no tocase al tesoro que dejaba, en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo asi, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasámos á berbería, y el lugar donde hicímos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de que parte de España era, y que dineros y que joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos, en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una muger por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que si

era; pero que le hacia saber que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre, vestíle de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey; el cual en viéndole quedó admirado y hizo designio de guardarla para hacer presente de ella al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mismo la mandó poner en casa de unas principales moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentímos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español (señalando al que habia hablado primero) del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantin son moros y

turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos sucediese podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia de estas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, don Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En

tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el virey, y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies y abrazado de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: ó Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia buscarte por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al general y al virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traygo, y ahora por el extraño rodeo que habeis visto he hallado el tesoro, que mas me en-

riquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvímos pensamiento de ofenderos, ni convenímos en ningun modo con la intencion de los nuestros que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español,

que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia donde, como y cuando podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar de él los cristianos que habian de bogar el remo: fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo, que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

# CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quijote, de cuantas hasta entonces le habian sucedido.

La muger de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, asi enamorada de su belleza como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo Don Quijote á don Antonio que el parecer que habian tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho don Gayféros á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gayféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí si acaso sacamos á don Gregorio no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar

en medio. Para todo hay remedio sino es para la muerte, respondió Don Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podrémos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorey de hacerlo asi, como se lo pedia: y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: insigne caballero, y jamas como se debe alabado

Don Quijote de la Mancha, *yo soy el caballero de la blanca luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso, la cual verdad si tu la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela, y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque asi conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego porque hoy todo el dia trayo de término para despachar este negocio. Don Quijote quedó suspenso y atónito asi de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna como de la causa porque le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la

ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y asi no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado; y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuales ni que tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la dieren san Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna y díchoselo al visorey, que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando Don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio preguntándoles que era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era preceden-

cia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote con la acetacion de las condiciones del desafío, hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabia quien era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo el cual encomendándose, al cielo de corazon y á su Dulcinea como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos, y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y

allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caida. Fué luego sobre él y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesais las condiciones de nuestro desafío. Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida: pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertámos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la ca-

beza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia que decirse ni que hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.

# CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocia pan hasta saber quien fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quien soy; y porque no hay para que negároslo, en tanto que este mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo, y creyendo que está su salud en su re-

poso, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella: y asi habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar y que no saliese de él en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado, pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y asi no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quien soy yo, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo como le dejen las sandeces de la caballería. ¡ Ó señor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en que-

rer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco, y si no fuese contra caridad diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera de ellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió de él, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quijote en

el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: señor mio, alce vuesa merced la cabeza y alégrese si puede, y dé gracias al Cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, y si bien se considera yo soy aquí el mas perdidoso aunque es vuesa merced el mas mal parado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser mas gobernador, no dejé la gana de ser Conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y asi vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: albricias, señor Don Quijote,

que don Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa, ¿ que digo en la playa ? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo : en verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á don Gregorio sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿ que digo, miserable ? No soy yo el vencido ? no soy yo el derribado ? no soy yo el que no puedo tomar armas en un año ? Pues que prometo ? ¿ de que me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada ? Déjese de eso, señor, dijo Sancho : viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que quiera estar en la cama : quiero decir, que se deje desmayar sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias : y levántese vuesa merced agora para recibir á don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y asi era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix vino con el renegado á casa de don Antonio, y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel fué con

hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mugeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento sino con breves palabras donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente asi al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorey con don Antonio que modo tendrian para que Ana Félix y su padre queda-

sen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No, dijo Ricote, (que se halló presente á esta plática) hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas, porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica, y asi con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, y a desembarazada de los

temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡ Heróica resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere servido, dijo don Antonio: don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un monasterio, y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver como yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar á doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la muger de don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos: que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga de ellos en la corte. Con esto

se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino: Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

# CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo : aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias : aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas : aquí se escurecieron mis hazañas : aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho dijo : tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie no estoy triste, porque he oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha y antojadiza y sobre todo ciega, y asi no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo,

ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen á caso, sino por particular providencia de los Cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria: y asi me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos, y ahora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, harémos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, res-

pondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie de ellas, ó al rededor de ellas, grabarémos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva
que estar no pueda
con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardon. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun es opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labra-

dor alzó la voz diciendo : alguno de estos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Si diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar tan gordo que pesa once arrobos, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador como se habia de igualar el peso dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y asi se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazon Sancho, antes que Don Quijote respondiese : y á mí, que ha pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito. Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traygo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor de el, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya : hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no

es bien que este las escoja tales que le impidan ni estorben el salir vencedor : y asi es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y de esta manera quedando en cinco arrobas de peso; se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y asi podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; però á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva. Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes y caminar mas que de paso : y asi dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado asi su extraña figura como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho, y otro de los labradores dijo : ¿ si el criado es tan discreto, cual debe de ser el amo ? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca,

que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte, que todo es burla sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor Don Quijote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa! No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quien sois si vos no me lo decis. Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosílos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dijo Don Quijote ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno

ni mudanza de rostro ninguna : tan lacayo Tosílos entré en la estacada, como Tosílos lacayo salí de ella. Yo pensé casarme sin pelear por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento, pues asi como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el embite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosílos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosílos contrahecho: quédate con él y hártate, que yo me iré adelante poco á poco esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz

y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia á queso. Dijo Tosílos á Sancho: sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Como debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo y bien se lo digo á él; pero que aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosílos le contase lo que habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia si se encontrasen habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

# CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosílos ¿ Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía, ó Sancho pienses que aquel sea verdadero lacayo ? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora ¿ preguntaste á ese Tosílos que dices, que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban ? No eran,

respondió Sancho, los que yo tenia tales que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor ¿ está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien; al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba; que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendos, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que de ella tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es

como si dijésemos: si osduele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por si ó por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los Cielos te den gracia para que caygas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho: este es el prado donde topámos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas; y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andarémos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano

de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrémos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida, y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo boscan se llamó Nemeroso: al cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podrémos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra, asi al de pastora como al de princesa, no hay para que cansar-

me én buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondio Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas agenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Que de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, que de gaitas zamoranas, que de tamborines y que de sonajas y que de rabeles. ¿Pues que si entré estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Que son albogues, preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin, y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhumbra*, *algua-*

*cil*, *alhuzema*, *alcuza*, *almacen*, *alcancía*, y otros semejantes que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *i*, y son *borceguí*, *zaquizamí*, y *maravedí*: *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á practicar con perfecion este ejercicio, el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada, pero yo apostare que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia: tú te alabarás de firme enamorado: el pastor Carrascon de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y asi andará la cosa que no haya mas que desear. Á lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Ó que polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Que de migas, que de natas, que de guirnaldas y que de zarandajas pastoriles, que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dejarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la co-

mida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada: y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento: y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto: y, castígame mi madre y yo trompógelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera quítate allá ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traygo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras y no los guias: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refran que no viene á propósito, antes es dis-

parate que sentencia. Pero dejémonos de esto, y pues ya viene la noche retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, asi de don Diego de Miranda como en las bodas del rice Camacho y de don Antonio Moreno, pero consideraba no ser posible ser siempre de dia ni siempre de noche, y asi pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

# CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estas perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en

que estamos; que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida y desviate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tiene pesados. Despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche cantando yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. — ¡Ó alma endurecida! ó escudero sin piedad! ó pan mal empleado y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardara el cumplimiento de ellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; solo

entiendo que en tanto que duermo ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria, y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que auyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo Don Quijote tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir : no con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo « no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los mios á deshora, pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pie Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la

albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos : á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á Don Quijote sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos : que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo : déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho,

que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos; no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero que tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche. y amanecerá Dios y medrarémos. Duerme tú, Sancho respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos : y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos : vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote arrimado á un tronco de una haya! ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó de esta suerte :

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,

Voy corriendo á la muerte,
Pensando asi acabar mi mal inmenso :

Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.

Asi el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡ O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazon de Don Quijote y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho y díjole: si yo pudiera! Sancho, ejer-

citar mis armas, y promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á Don Quijote y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adonde le llevaban ó que querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los yerros de las lanzas: y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar cuando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, trogloditas, callad bárbaros, pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres, semejantes á estos con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo.

Sancho iba diciendo entre sí : ¡nosotros, tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita cita? No me contentan nada estos nombres á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hácia que serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo asi como conoció la estancia, y ¿que será esto? Si que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

# CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso, que en todo el discurso de esta grande historia avino á Don Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y ven-

cedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personages, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado de este teatro, donde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen, pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿ Quien no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro se levantaron Don Quijote y Sancho y les hicieron una profunda humillacion, y los duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas: Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le pu-

so en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos arditcs. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien Don Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra junto á la almohada del, al parecer, cadáver un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora

Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia,
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes: no mas, cantor divino: que seria proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y asi, tú, ó Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto dijo: ea, ministros de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y se-

llad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio, y dijo : voto á tal, asi me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿ que tiene, que ver manosearme el rostro con la resurreccion de esta doncella ? Regostóse la vieja á los bledos : encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante : muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo y no hay conmigo tus, tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto : ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la fe de hombre de bien que habeis de ver para lo que nacísteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera

para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toque dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo, traspasenme el cuerpo con puntas de dagas buidas, atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia ó serviré á estos señores, pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona que con el martirio de ella desencantes los encantados y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron: pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y asi se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba,

dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Asi como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea del Toboso. Ahora, digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. Á lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme, si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante

sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los duques y los reyes Mínos y Radamanto, y todos juntos con Don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los duques y á los reyes, y mirando de traves á Don Quijote le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil anos: y á tí, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo y le quitasen la ropa de las llamas, Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él cuan grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

# CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad de esta historia.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho cuando dijo: ¿que te parece, Sancho, del suceso de esta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, ni con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora

buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar como sea que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir y no me pregunte mas si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea asi, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos; y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta grande historia, que les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don

Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado: y asi, informándose del page que llevó la carta y presente á Teresa Panza muger de Sancho, adonde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero; porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó pues al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que Don Quijote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la duquesa su muger habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el bachiller considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo asi el bachiller: partióse en su busca,

no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvia á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea: en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote fuese loco. Con esto se despidió del duque y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote que tras él venia. De aquí tomó ocasion el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote, y hizo tomar los caminos cerca y lejos de el castillo por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo si le hallasen. Halláronle, dieron aviso al duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, asi como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete,

que tiene para sí ser tan locos los burlados, como los burladores y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor jamas dieron gusto á Don Quijote. Altisidora, en la opinion de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una de

estas, apretada, vencida y enamorada, pero con todo esto sufrida y honesta, tanto que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado ¡ó mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero, he estado muerta: ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios de este buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, asi el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿que es lo que vió en el otro mundo? que hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí morir del todo, pues no entré en el infierno, que si allá entrara, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales

tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos juegen ó no juegen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Asi debe de ser, respondió Altisidora, mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir me admiró entonces) y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pie ni de provecho para servir otra vez, y asi menudeaban libros nuevos y viejos que era una maravilla. Á uno de ellos, nuevo y flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad que libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la segunda parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un Aragones que él dice ser natural de Tordesíllas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó

el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá, siglos de vida, pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á

lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el Señor, Don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, Don vencido y Don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á Don Quijote: vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores: porque ha muchos dias que le soy muy aficionado asi por su fama como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: vuesa merced me diga quien es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche antes. Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito, porque

¿que tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de esta señora! No se maraville vuesa merced de eso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten ó escriban que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques asi con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda que los reales palacios. Diéronsela de muy buena gana y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió, señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno, y pues ella las debe de saber hacer no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien

quiere : y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho; pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto : que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para que, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su Triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon

de encina : á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.

# CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él sino el boticario, y cátalo, cantusado; y á mí, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun

enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el Cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas, camisas, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad de este re-

medio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: de ellos me he dado hasta cinco quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales que vienen á hacer sesenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos defalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo mas. ¡Ó Sancho bendito! ¡ó Sancho amable! respondió Don Quijote, y cuan obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva) su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuando? replicó Sancho, esta noche sin falta; procure vuesa merced que la tengamos en el cam-

po al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien asi como acontece á los enamorados que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejado vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera que en la mitad de ella te falte el aliento, quiero decir que no te des tan recio que te falte la vida antes de llegar al número deseado, y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde á parte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia de este milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arri-

ba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio de ella, y deteniéndose un poco dijo á su amo, que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes, pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando que parecia que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Mas de mil azotes si yo no he contado mal te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas de estas habrémos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará

ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el Cielo te ayude y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo, aquí morirá Sanson y cuantos con él son. Acudió Don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida que ha de servir para sustentar á tu muger y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere asi, respondió Sancho, sea, en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando y no querria resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hízolo asi Don Quijote, y quedándose en pelota abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda,

torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una de ellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual Don Quijote dijo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Páris se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta, ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo Don Quijote, porque este

pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban que pintaba, respondia lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo; escribia debajo: este es gallo; porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia de este nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó, ó escribió lo que saliere, ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban, y preguntándole uno? que queria decir *Deum de Deo!* respondió: dé donde diere. Pero dejando esto á parte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser asi, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegarémos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y cuando estaba picado el molino,

porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote, que parece que tú vuelves al *sicut erat :* habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé que mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon: pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entonces su plática.

# CAPÍTULO LXXII.

De como Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin de ella, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor de ellos parecia: aquí puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto Don Quijote dijo á Sancho: mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que despues se lo preguntarémos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de Don Quijote. Púsose el recien venido caballero á lo de ve-

rano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: ¿adonde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y Don Quijote le respondió: á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y vuesa merced donde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó Don Quijote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. Á lo que replicó Don Quijote: sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza adonde yo iba, y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice? No por cierto,

respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Si traia, respondió don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan: y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burleria y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió don Alvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en cuanto yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas

tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé que me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo para que le curen, y ahora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se habia hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella por sacar á las barbas del mundo su mentira, y asi me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced

suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el alcalde de este lugar de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea, y pluguiera al Cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dijo don Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar, pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quijote y don Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una peticion, de que á su derecho convenia, de que don alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como conocia

Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada; Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente el alcade proveyó jurídicamente; la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Alvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion, de modo que desengañó á don Alvaro del error en que estaba, el cual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que habia de llevar don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á don Alvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancho siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros ár-

boles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuan bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe

tambien tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desear se puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate de esas sandeces, dijo Don Quijote, vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde darémos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

# CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote, al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho ¿no adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien ¿que importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho? Que, replicó Don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum*, Dulcinea no parece. Extraño es vuesa merced, dijo Sancho:

presupongamos que esta liebre es *malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¡que mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aquí? los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno de ellos preguntó Sancho que por que reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho; no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro muchacho una jaula de grillos la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote diciendo: he aquí, señor rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros, y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron



su liebre, y diósela Don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es á saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas; para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la mas nueva transformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote y abrazólos estrechamente, y los muchachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta de ella al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, muger de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan

bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿como venis asi, marido mio, que me parece que venis á pie y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayais ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al rucio se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breve les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra sin traspasarla en un átomo, bien asi como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería, y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la

soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió Don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote, pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndole por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos

árbol por duro que sea donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió Don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nota de los donaires y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza por hipérbole que sea. Asi es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscarémos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. Á lo que añadió Sanson Carrasco: y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarílis, Dianas, Floridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá, y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su muger Tereza Panza con nombre de Teresaina. Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion; y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le va-

case de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres, y asi como se fueron se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo: ¿que es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo? tú que vienes pastorcico, tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: ¿y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, le respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que, ahora

sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra. Y las buenas hijas (que lo eran sin duda ama) y sobrina le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

# CAPÍTULO LXXIV.

De como Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del Cielo que asi lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en la cama; en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una écloga: que mal

afin para cuantas Sanazaro habia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado; el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por si ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado: pero no lo oyeron asi su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo asi, y durmió de un tiron, como dicen, mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle ¿ que es lo que vuesa merced dice, señor? ¿ tenemos algo de nuevo? ¿ que miseri-

cordias son estas, ó que pecados de los hombres? Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerias. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote cuando dijo: dadme albricias: buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linage: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya co-

nozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leido : ya por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo : ¿ ahora, señor Don Quijote que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con esto, y ahora que estamos tan apique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño ? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del Cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas á parte, y tráyganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances come este no se ha de burlar el hombre con el alma y asi suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda le quisieron creer, y una de las señales por donde conjeturaron se moria fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda y á creer que

estaba cuerdo : Hizo salir la gente el cura , y quedóse solo con él , y confesóle. El bachiller fué por el escribano , y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza : el cual Sancho ( que ya sabia por nuevas del bachiller en que estado estaba su señor ) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo, verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno : bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama , sobrina y de Sancho su buen escudero, de tal manera que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho : en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa sino de todos cuantos le conocian. Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas dijo : iten es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí cier-

tas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho le dijo: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced: señor mio, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que los de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado, quizá tras de alguna mata hallarémos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto mas que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse

unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. Asi es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos. Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fuí loco y ya soy cuerdo, fuí Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas, y la primera satisfaccion que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes. Iten es mi voluntad, que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe que cosa sean libros de caballerías! y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado: lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Iten su-

plico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres dias que volvió despues de esto, donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada: pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin llegó el último de Don Quijote despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espí-

ritu : quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, habia pasado de esta presente vida y muerto naturalmente, y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el *ingenioso hidalgo de la Mancha*, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de Don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este :

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma : aquí quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, peñola mia, adonde vivirás luengos siglos si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á tí lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres :

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote y yo para él : él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió ó se ha de atrever á escribir con pluma de abestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva : que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caba-

lleros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, asi en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

FIN DEL TOMO SESTO Y ÚLTIMO.

# TABLA

## DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

LYON, IMPRENTA DE C. COQUE,
calle del palacio del Arzobispo.